

S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A



Lucassi



Año I - Madrid, 8 de febrero de 1942 - Núm. 6



El estudiante caído

PORTADA, de J. R. Escassi, dedicada a la memoria de los camaradas Pedro González García Ximénez y Manuel Vasco Aguilar, muertos en acto de servicio.

9 DE FEBRERO DE 1934, 9 DE FEBRERO DE 1942; página 3.

EL CAMARADA MUERTO, dibujo de Pedro Mozos; página 3.

SENTIDO DEL 9 DE FEBRERO, por Patrio González de Canales; páginas 4 y 14.

EL ESTUDIANTE EN LA GUERRA DE LIBERACIÓN, por José Antonio Girón; con un dibujo de López Reiz; página 5.

TRES ESTUDIANTES FALANGISTAS, por Julio Fuertes; página 6.

SOTOMAYOR EN GOETHE, por Juan Aparicio; con un retrato de Sotomayor, por Carlos Tauler; página 7.

ESPERANZA EN LA SANGRE VERTIDA, por F. de Alzaga; dibujo de Serny; página 8.

AL PRIMER MUERTO DE LA DIVISIÓN AZUL, fragmento de un poema inédito, por Dionisio Ridruejo; ilustración de Ricardo Summers; página 9.

EL S. E. U. EN LA DIVISIÓN AZUL, por Manuel Pombo Angulo; página 10.

LOS ESTUDIANTES EN EL FRENTE DE JUVENTUDES, por José Antonio Eloy-Olaso; página 11.

EL S. E. U. ENTRE LA MASA TRABAJADORA, por José María de Olazábal; página 12.

MATÍAS MONTERO, por Lorenzo Puértolas; página 12.

FECUNDIDAD DEL SACRIFICIO, por Carlos M. R. de Valcárcel; página 13.

DE LA INTERPRETACIÓN ESPAÑOLA DE LA MUERTE, por Camilo José Cela; página 14.

AULAS MUERTAS, por José M. García Escudero; página 15.

LA UNIVERSIDAD REDIMIDA, por José Navarro Latorre, con dibujos de Gabriel G. Escudero; página 16.

(Fotos inéditas de la División Azul, enviadas por nuestro camarada Jesús M. Tessier.)

"Sólo existe una nación cuando tiene: un Jefe, un Ejército que la guarda y un pueblo que la asiste."—FRANCO.

REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE

"ARRIBA"

Larraz, 8 - Teléfono 32610



El corazón de Europa supo impulsar a través de las arterias del Mundo, la savia fecunda de su genio.

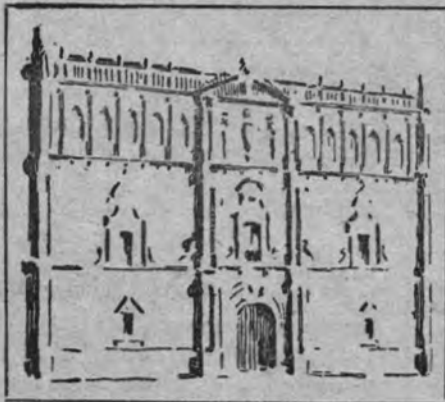
Los pueblos, fundidos en el crisol de un mismo corazón, contribuirán a completar la economía de sus Estados Europeos, creando así una colectividad potente y vigorosa en

La

NUEVA EUROPA CONTINENTAL

AULAS MUERTAS

Por JOSE M. GARCIA ESCUDERO



AUN no había yo cursado, con ser estudiante, la asignatura de no ir donde nada podía aprender. Por eso iba yo y volvía a aquella clase de Derecho Político, a garrapatear cuartilla tras cuartilla, escudriñando la voluntad del pueblo soberano. Pero ni el conocer la entraña del mecanismo electoral en los cantones suizos—valga por ejemplo de saber, mitad profesorit, mitad conserjeril—aumentó en un adarme mi personal felicidad, ni era eso ciertamente lo que allí me llevaba. Ni aun los malabarismos intelectuales con que su liberal profesor, al aire los liberales puños de reluciente celuloide almidonado, con garbo de prestidigitador veterano, semisonriente, semisibilino, hacía desfilar ante nosotros mansas bandadas de teorías, para escamoteárnoslas tras su sombrero decimonónico apenas intentábamos atisbarle el forro al truco, y ver cuál de las palomas palpitaba y cuál de las teorías era verdadera. Pues era la verdad lo que yo buscaba, y era la verdad lo que se me negaba.

Pero ¿por quién, Dios! Por quien menos creyó nunca en ella. Mundo liberal de nuestras aulas, no lo verdadero, sino lo nuevo, te importaba. Como a tu edad. Ya es síntoma que Rousseau sostuviera su tesis ante la Academia de Dijón más por novedad que por convicción. Por lo que luego los románticos dirían "épater le bourgeois", amedrentarle, apabullarle, gritándole de sopetón que a él, con su Municipio y sus campos cercados y sus Tribunales, le era superior un iroqués cualquiera vociferante. Síntoma, dije. De nuestros señoritos pedantes de la república, hablando con los ojos entornados de "esa interesante experiencia rusa", última reencarnación del espíritu diablo de Juan Jacobo, jugando también, "snob", con el fuego de la gran Revolución. Pero ello tiene su etiqueta en el infierno: orgullo. Por él, cada cual, desligado de la disciplina medieval, pretendió que se le entregara a él sólo la verdad, y su verdad propia, de ningún mo-

do análoga a la de otro cualquiera. Pues —va para un siglo que, en 1851, escribiera esto Donoso—"el yo es, por su naturaleza, satánico; y por su índole, insociable. En el infierno no hay más pronombre que yo; en el Cielo no hay más pronombre que Tú; porque en el cielo no hay más que humilde y arrebatada adoración, así como en el infierno no hay más que frío y detentado orgullo".

El yo resonó en nuestro tiempo, quinta-esencia del egoísmo, como en una bóveda hueca de cualquier otro sentimiento. Y si supo producir aislados sofismas gigantescos, filosofías de pies de barro, más frecuentemente fué causa de que cada hombre, por decir algo nuevo, se estimara usufructuario de la verdad, y aunque despreciara ésta por aquello. Es el romántico, desmelenado, tísico y febril, admiración devota de cuatro damitas cloróticas; o Voltaire, viejo zorro, olor a azufre bajo el blanco peluquín, colándose de rondón en el rosario de nuestros obuelos, la Enciclopedia tras la casaca; o Victor Hugo, trononante Júpiter del Olimpo liberal, callando al diccionario un gorro frigio; o el profesorzuelo del Ateneo, jugando negligente los lentes, y ni aun mirando cuanto no le hablara de ilustración, progreso o democracia; o cualquier resentido auxiliarillo de cátedra, bien aupado en su erudición barata, salpicando su hablar pedante de pedantes citas en enrevesado galimatías, ni por él comprendido; o el aprovechado pensionado de la Institución Libre, barajando, a su vuelta, fichas y más fichas, modas y más modas, ante el estupor palurdo de sus salmeronianos maestros, que, en sus novedades, no pasaron más allá del París de la Francia, ni supieron otra cosa que atragantarnos con su Krause, como antes con su progresismo cerril y comefrailes, y, mucho antes, con el himno de Riego y Constitución del Doce. Sus hijos, en cambio, supieron pasarnos, y en bandeja, cuanto fuera de España se chismorreaba, para que escogiéramos. Sólo lo español les era extraño, aun en la sintaxis; pero en algo había de conocerse que eran todos unos. En eso y en su desprecio por lo real. Hablaban de arte deshumanizado. Todo lo era en ellos. A la paradoja de la prosa y a la poesía pura, de pura, algebraica y de fórmulas, respondía la pura ciencia, confinada en una estéril torre de marfil. Porque ¿podía yo hablar del Poder sin pensar siquiera en aplicar lo que estudiaba? ¿Es que servía de algo estudiarlo sin pensar en aplicarlo? Mas la ciencia en las nubes, con su aparato fantasmagórico de doctrina esotérica, y sus trampantojos y su

oropel, les servía mejor para la personal ostentación.

Sólo que así, lo que un día movió muchedumbres se hizo muerta doctrina de lánguida vida en aulas asépticas, de espaldas a la realidad, en un ambiente pesado de quirófano, sin el latir poderoso de historia que animó los deslucidos bancos de la cátedra de un fray Luis, y floreció el escepticismo en quienes veían con cuánta facilidad parecía entregarse la verdad al primer pretendiente que la invocaba. Pero la verdad residía en España, cabalmente donde no la habían buscado. Tres líneas de Suárez me enseñaron más que un centón de opiniones nuevas. Justamente porque éstas eran eso: opiniones, amable discredito de salón, y lo otro, pelear contra un error tangible y enemigo, y pelear con uñas y dientes, latines y espadas; no ciertamente ciencia de ciudad, cenáculos literarios y correveidiles, sino conventual o castrense, con jerarquía y disciplina. Donde la verdad no es una teoría más, sino la verdad.

Estado dogmático, necesitamos una Universidad dogmática. No vitrina de autores muertos, sino Universidad que remate en cruz. No hay ya lugar para el romántico de escaparate; ni para el escritor que pretenciosamente se titulaba "de vanguardia", a modo de coraza contra crítica; ni

para el intelectual comisionista de ideas; ni para quienes tengan en más que el saber propio, el ajeno, y las fichas, y la información, y la moda, en fin: gente vana, hinchada de nombres extraños y ayuna de los suyos, rezumante de teoría y exhausta de doctrina, sabedora de cuanto hayan dicho los demás sobre algo, y, eso sí, de la última revista recién importada, e ignorante de la esencia de ese algo; veletas orientadas siempre por el último viento, vengas de donde viniere. No es lo bueno lo nuevo, por nuevo, ni es libertad hacer acopio indiferente de bien y de mal, pues que así Dios, no pudiendo querer el mal, sería menos libre. Teorías que sólo en parte, y por acaso, y aun por descuido de sus autores, tengan algo de verdad, nos sobran: porque poseemos la entera verdad.

SI REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"
LARRA, 8
Teléfono 32610

González Resedo y Compañía CASA SIERRA

IMPORTADORES DE CAFE

DELEGADOS DEL COMITE

Calle de Isaac Peral, 18

SINDICAL DEL CACAO

— C A D I Z —

Arturo Redondo Bermejo

MATERIALES DE
CONSTRUCCION

FABRICA DE CAL

Calle del Arquitecto Acero
(Plaza de la Catedral)

Colegio M A R L Y S Academia
EXAMEN DE ESTADO — PREPARACIONES BACHILLERATO
PLAZA CONDE MIRANDA, 3

CHOCOLATES

EUREKA

CADIZ

LA UNIVERSIDAD REDIMIDA

Por JOSE NAVARRO LATORRE

NO caemos nunca en la Falange en el superficial fetichismo de las fechas. Pero si hay alguna que llame en repique vigoroso a un riguroso examen de conciencias, ésta del 9 de febrero—evocación del Estudiante Caído—tiene para todos los universitarios españoles un especial significado que trasciende, con imperativo inequívoco, al orden de los hechos para explicar un pasado—casi a flor de recuerdo—y desentrañar un presente que no puede ser adulterado por el oportunismo o por la falsificación.

Alguien de la gran familia hispana ha evocado al otro lado del Atlántico el rico manantial de sugerencias que encerraba la frase de nuestro Fundador en su testamento—cuya revisión quisiéramos en todos los docentes con tanta frecuencia por lo menos como la dedicada al repaso de textos clásicos—cuando lanzaba, en profundo y sincero lamento humano, la afirmación de que “no es alegre morir cuando se es joven”.

Todo un proceso romántico ha intentado dar a la muerte un valor vindicativo de la impotencia frente a la dureza de la vida. Cuando en épocas menos sensibles se proclama la pérdida de la existencia como un acto de servicio, han sido pocos los privilegiados a quienes alcanzaba la satisfacción de entregarse a la hermosa verdad de esta consigna.

Antes de 18 de julio del 36, nuestra Universidad liquida un proceso ininterrumpido de descomposición. Tres sectores se disputan su dominio.

De un lado aquellos que hacen de toda Historia presente—en malabarismos de cambios de postura—una ocasión de normalidad en la que es fácil acomodarse. Se ciñen a la situación con arrestos de neófitos y con solera de experimentados. Son los de “no ha pasado nada”.

En otra zona se agitan los “horabres de buena voluntad” cuyos propósitos son excelentes, pero recorran sus alas en concesiones a la cautela y al mal menor. El tono gris, contenido, de sus actuaciones descubre la verdad del equilibrio inestable de sus posturas a los que, con aceptable buena fe, se alinearon en sus filas para dejarlas pronto buscando aires más transparentes para su angustia insatisfecha.

Más allá están los de posición extrema. Les irrita la mediocridad y les asfixia la hipocresía. Sus ambiciosas inquietudes oscilan un tiempo entre la cautela—que abandonan por insuficiente—y la negación—que rechazan por temperamento. Pero tras la duda viene el gozo de las nupcias con la autenticidad:

En un 9 de febrero, un magnífico estudiante, hastiado de ensayos de mal menor y de negación, entrega su vida generosa en una esquina madrileña, mientras la Universidad justifica, por su incapacidad, el sonrojo de no entender tanto heroísmo.

Cautos y normales—después de algún aspaviento—vuelven a sus tácticas y el Alma Mater sigue insensible a la tremenda realidad de la Patria que se nos escapa.

La Falange inunda de intransigencia los claustros. Como pasquín sangriento de una Revolución justa, listas de universitarios jóvenes hacen temblar con la ofrenda de sus vidas la obcecada o irritante tranquilidad de quienes buscan matices grises a la existencia misma de España.



Quién se asusta y quién se escandaliza de aquellas actitudes tan desconectadas del tono fofo y endeble que arrastra la Universidad. Y con ese pobre resabio de agudezas ruines y untuosas, alguien sonríe en los Decanatos porque los universitarios de la Falange queman sus jóvenes vidas en la defensa de semanarios “platónicos” y llevando en sus bolsillos evocaciones de la España de Fernando e Isabel.

Pero la realidad que ellos hurtaba se presenta de golpe: España, flanqueada por el odio o la incompreensión, se desliza día a día en el caos de una política criminal.

Son las jornadas entre el 16 de febrero y el 18 de julio de 1936. Ahora es preciso templar en la fragua del servicio arriesgado la exactitud y pureza de las convicciones. El clarín de la verdad resuena, y en la Universidad siguen siendo pocos los elegidos. Una minoría—el Sindicato Español Universitario, con alguna valiosa aportación—arremete contra todo lo demás para salvar a la Universidad, que no sabía comprender aquella postura desesperada y liberar a la Patria de una amenaza agobiante.

La Providencia depara la coyuntura del 18 de julio como ocasión de revalidar el esfuerzo y la verdad de aquellos camaradas del S. E. U. de la primera hora.

Si el pensamiento nacionalsindicalista es genuinamente universitario en su trayectoria—en Ramiro, en Onésimo, y con definitivos rasgos en José Antonio—, también la guerra de Liberación lleva en sus entrañas y en su ejecutoria un olor a Universidad que ha hecho de los oficiales provisionales la estampa más expresiva de su ardor triunfante.



He aquí cómo en las dos más altas ocasiones del alumbramiento de nuestra Revolución—la creación del pensamiento falangista y la lucha armada para obtener el clima necesario de su aplicación—son precisamente los universitarios quienes modelan, a golpes de heroísmo y de renuncia, la difícil perspectiva de una unidad de destino.

El símbolo de los universitarios caídos—los fundadores de la Falange y los estudiantes del Sindicato Español Universitario—purifica y devuelve a la Universidad la mejor ejecutoria de su misión. Pudiera el S. E. U. en esta hora esgrimir los poderes—tan claros y

tan incontrovertibles—de que hablaba el camarada Arrese en la clausura del V Consejo Nacional.

Podría muy bien cegar, en sencillo y luminoso gesto a quienes, torpemente, pretenden poner obstáculos a su marcha. Pudiera, quizás, echar mano de su permanente gallardía y confundir de una vez a tantos fantasmones que, casi con los mismos disfraces, intentan rebozar el momento.

Pero prefiere seguir “al aire libre y bajo las estrellas”. Antes de la guerra dignificó a la Universidad con ejemplos del linaje de Matías Montero. En la Revolución reclamó para los suyos el mejor título de combatientes y la lista más repleta de servicios.

Hoy, en las nieves de Rusia, sus banderas enhiestas siguen desafiando a quien crea poder igualar al S. E. U. como avanzada de la Revolución en méritos de valor y de sacrificio.

Por limpiar la pesada atmósfera de la Universidad anterior al 18 de julio luchó el S. E. U., y los vacíos que hoy encuentra en sus apretadas escuadras son otros tantos clamores que presenta a cualquier rigurosa exigencia de cuentas.

La existencia actual de la Universidad—que con ser mejor que la anterior no llega a llenar nuestro amor de perfección—se debe en gran parte a esa línea—dura e implacable—de servicio que el S. E. U. traza con hechos de sangre cuando el tiempo redobla campanas para llamar al sacrificio.

Hoy resultan insuficientes las lápidas que exornan los claustros con nutridas relaciones de estudiantes caídos. Parece ser como si el tremendo destino de la generación juvenil universitaria se sintiera todavía insatisfecho y quisiera saturar de su espíritu todos los rincones de las Facultades. En la hora presente, los partes de guerra nos traen nuevos nombres con aquellos que, desde los frentes de la civilización europea, ofrecen más existencia y más actos de epopeya para continuar la mejor Historia de España y para brindar ejemplos que exponer a nuestra meditación y a nuestra responsabilidad.

Si la futura Universidad no reconociese que la razón mejor de su existencia estaba en esa juventud que alienta una escogida vena heroica de la Patria, y pretendiese con sutilezas o convencionalismos atenuar el significado de la generación del S. E. U., cometería una tremenda falta de comprensión cuyas consecuencias serían irreparables.

No creemos tal ocurra. Siquiera nos queda, en último argumento, la incuestionable afirmación de que por obra y gracia de los Estudiantes Caídos se ha realizado la redención de la Universidad, la cual, tan pocos motivos extraños a éste puede presentar ante la demanda de la plenitud histórica del momento.

Por ello, nosotros consideramos al 9 de febrero como día de la Universidad redimida. Como evocación a los que tejieron en alegre gesto—tan valorado al decir de José Antonio en la frase aludida de su testamento—con su sacrificio, la más auténtica justificación de la Universidad actual.

Y también como responsabilidad acuciante de quienes deben considerar al S. E. U.—venero permanente de generosidad arriesgada—pieza fundamental de la futura estructura del Alma Mater Hispana.